

MANDALA

ANTOLOGÍA 2021

JUSTINE HERNÁNDEZ

MERISA MERINO

MÓNICA CAVAZOS



FERNANDA MERAZ

ANGÉLICA INFANTE

POESÍA
CUENTO
RELATO

MARÍA GUADALUPE GARCÍA SANDOVAL



Presentación

Tienes en tus manos una colección de textos que son el resultado de un año de trabajo de Mandala Taller Literario. Un año en el que las vidas de seis mujeres escritoras se detuvieron por unos momentos en cada sesión para escucharnos, leernos, escribirnos y encontrarnos.

El arte y oficio de escribir, es mucho más que acomodar palabras, es encontrar la manera de poner en letras nuestras historias, nuestras ideas y nuestras perspectivas de vida, para compartirnos con otros, para confesar sin explicación alguna.

Hemos reunido una serie de cuentos, poemas y relatos para compartir contigo este proceso de ser y exponernos a través de las letras. En ellos nos reencontramos, recuperamos historias que merecen ser contadas, nos reconocemos y nos descubrimos desde distintas aristas.

En Mandala Taller Literario, escribimos para escapar, para encontrar, para compartir, para exigir y recuperar nuestras infinitas posibilidades. Estas son nuestras voces...

Justine Hernández





Índice

Mónica Cavazos

Copas y champagne.....	4
Introspección.....	6
Medicación.....	7
Viajes en silencio.....	8

María Guadalupe García Sandoval

Aquello de pueblo chico.....	15
Cual criatura cumpliendo cadena.....	20
Guadalupe.....	21
Lo esencial es invisible a los ojos.....	22
Tirzah.....	24

Justine Hernández

Enhorabuena.....	28
Evidencia.....	29
Génesis.....	30
Reflexión.....	31
Solsticio.....	32

Angélica Infante

Melek.....	34
Microcuentos.....	36
Replantación.....	38

Fernanda Meraz

Chungos chanchullos.....	40
Desprendimientos.....	41
Engarce.....	45
Microcuentos.....	46
Una mujer singular.....	48

Merisa Merino

Aguxilio.....	50
Mi nahuala.....	51
Ondina.....	52
Pedalea sin parar.....	53
Una fotografía y una argolla.....	54





Mónica Cavazos



Yo, Mónica, escribo para no ser infeliz.

Mandala 2021 es un refugio abrigador y amoroso que estimula la palabra.

Pretendo mostrar lo que soy, lo que pienso, lo que amo, padezco y lloro.

Quiero recibir la lectura de otras voces, sus reflexiones, consejos y regaños.

Todo es útil.

Todo es cierto.

El halago regocija, el regaño exhibe y sacude, pero también, enseña, estimula y engrandece.

Si algo de lo que escribo hace que otra persona reflexione, se incomode, se enoje, enfurezca,
quiera abrazarse o abrazar a alguien, duerma intrigado, sonría, llore, sufra, tema

goce... se excite...

habrá valido la pena y le agradeceré por siempre.

Yo, MÓNICA, soy escritora...

y escribo para respirar.





Copas y champagne

a
b
c
d
...

¡qué importa!
yo quisiera para ti
que las copas solo cuenten
si tienen champagne

adiós al ballet
si para hacerlo has de usar corsé

o si vas a sufrir:
si está corto ¡pareces niño!
si es largo ¡todo un enredo!
si es crespo ¡ay, qué espanto!
si es lacio ¡que tenga cuerpo!

¡qué lindo tu pelo largo!
como buena muñequita
que me quiere tanto

te rebelas
lo cortas
¿por qué lo hiciste?
porque soy libre y me amo harto





si eres niña
nunca tu madre
jale tu pelo
y te ahogue en llanto

si eres madre
respeta
corto, largo, pelona
que sea ella quien elija

a
b
c
d
...

que sea tu copa
néctar y miel
abrazo tibio
siempre que quieras
siempre que puedas
que nadie juzgue

a
b
c
d
...

¡qué importa!
yo quisiera para ti
que las copas solo cuenten
si tienen champagne

mujer





Introspección

Soy amanecer, luz en tu cama
almohada fuego y hielo
testigo piedra canto agua
luna tímida de abrazos y bostezo.

Soy refugio y tierno manto
oídos, música y estruendo
soldado amable amigo fiero
vigía atenta de gritos y sueños.

Soy ídolo, bronce admirado
laurel palma y olivo
palabra voz y anhelo
hija, hermana, madre, diosa cetro.

Soy tumba, negro lecho
tierra fértil de ruegos y miedos
temerosa, insegura, resistente
camino enigma herida abierta.

Soy espera, confusión y llanto
pesadilla, criatura abandonada
espejo antiguo nostalgia eterna
esclava

soledad

silencio.





Medicación

María Morán, muda, mantuvo meses menudo martirio. Motivada, madrugó. Montó motocicleta. Marchó millas. Miró médico, Manolo Meza, mentor municipal. Método: masajeó mandíbula, manipuló muñecas. Motivo: mordida murciélago morado. Menjurge: miel más moras molidas maceradas. Manolo Meza mereció monedas. María Morán maldijo malestar mortuorio. Mejorada, murmuró melodía mazahua. Miró mediatriza manantial monarca. Magnificó maleficio. Malvendió morada. Mudó menaje. Meta: Maravatío, Michoacán.





Viajes en silencio

—¡Cállate! ¡Tonta! ¡Tú estás para obedecer! ¡No quiero escuchar ni una palabra! ¡Y no llores!

Años más tarde, algún vecino debió llamar a la policía. Cuando se llevaron a mi madre, ella me miró con falsa ternura.

—Anda, Camila, diles que no es cierto, que están equivocados. Diles que no vendo drogas.

Yo la miré fijo a los ojos y la obedecí. Callé, como siempre, como a ella le gustaba.

Como nunca pude hablar, me acostumbré a mi silencio y a decir de otra manera. Comencé con palabras sueltas, enunciados y párrafos que se convirtieron en las historias que hubiera querido que me contara la mujer que decía ser mi madre.

Como no sabía hacer otra cosa busqué trabajo en una biblioteca. Cuando llené la solicitud escribí en características especiales: muda. Era mejor así, evitaría que me preguntaran nada y como todo lo escribía con excelente fluidez y ortografía, me dieron el empleo.

En la biblioteca me hice de grandes amigas.

Viajé con Rosario a Chiapas. Me llevé una sorpresa cuando tuve que bajar de la banqueta para que ella, una niña con vestido floreado y cabello sujeto en un moño, se paseara con su madre. Mi pelo lacio y oscuro y mi tez de café me colocaban en la escala baja de esa tierra. La volví a encontrar en la Facultad, se había convertido en una mujer de ideas grandes y pequeños atavismos que nunca pudo abandonar por completo, pero contra los que luchó incesante.





En el hogar sólido de Elena me sentí como una intrusa. Los miembros de su familia, unos viejos, otros jóvenes y algunos pequeños, se veían como fantasmas vestidos de forma disparatada, que llegaban a una reunión donde solo algunos conocían las reglas y otros lucían tan desorientados como yo. Daba la impresión de que se reunían por primera vez y hasta que lograban reconocer el lugar, retomaban su sitio en aquella casa a la que se accedía por unas escaleras que parecían bajar al inframundo.

Con un gesto de complicidad y actitud traviesa, Elena me tomó de la mano como si fuéramos niñas y me llevó a conocer el estudio, sobrio y elegante que estaba repleto de libros y cuyas ventanas permitían deleitarse con un hermoso y amplio jardín. En esa habitación, un hombre adusto escribía sentado al escritorio que quedaba de frente a esas ventanas. Elena se llevó el dedo índice a la boca y caminó de puntitas. Yo la seguí en silencio. Afuera de la casa me contó que ese hombre era su esposo, pero que a él no le caían bien las amigas de ella, las mujeres en general. Después de un largo silencio, agregó: Yo tampoco le caigo bien.

Adela vive en un enorme castillo de piedra negra. Me pidió que nos encontráramos afuera porque su padre estaba en casa, y cuando esto sucedía, era imposible encontrar silencio. Según ella, entre las mujeres que vivían en la casa y los invitados de su padre, la noche se ensanchaba interminable devorándose al día.

Pensé que me llevaría a algún lugar para encontrar consuelo, pero yo creo que ella no sabía vivir tranquila. Su tristeza me recordó la mía. Visitamos a unos niños llenos de mugre y hambrientos que jugaban amontonados en un piso de tierra. La vi sacar algo de su bolsa y entregárselo al niño más grande. Él, y otra niña, a la que Adela llamó Jacinta, eran los únicos que se distinguían del montón de cabezas somnolientas y mocosas que llenaban la mirada de angustia.

Descubrí que Adela es una mujer generosa.





Inés y yo visitamos un río subterráneo que atravesaba una casa enterrada en el subsuelo. Es uno de los lugares más misteriosos y tétricos que conocí. La casa tiene unas habitaciones escondidas en la parte más baja, la que parece que se dirigiera hacia el infierno. Ésas no las visitamos, pero escuché gritos lastimeros y golpes secos que emergían de su interior, como si alguien golpeará con los puños una sólida puerta de madera.

Inés me contó que allí vivió Sofía, una amiga de ella, con sus hermanos, Sergio y otro más del que no pudo recordar el nombre. Ella, Inés, si conoce esas habitaciones, siempre le llamó la atención el detalle de su decorado. Artesonadas, me dijo, como las criptas.

No visité las criptas, pero conocí a Mónica y la acompañé a uno de los lugares más enigmáticos que he visto en mi vida, solo comparable con la biblioteca donde contactaba con mis amigas. El convento de las jerónimas guardaba tesoros inigualables: la madre Juana Inés, inteligente y talentosa, y su celda repleta de libros y de instrumentos de ciencia y de música antiguos, que yo nunca antes tuve ocasión de mirar de cerca. A mi vista quedaron un telescopio, una brújula dorada, un globo terráqueo y un laúd que Mónica me dijo, tocaba la monja con virtuosismo. Desde el umbral de la celda de la madre, en silencio, detenidas en el tiempo, vimos a Juana Inés sentada en el escritorio, de espaldas a nosotras. No escribía, parecía recorrer y acariciar con la mirada los lomos de sus libros que descansaban apretados en los estantes. El hombre que llegó a continuación, provocó una sensación de vacío y desconsuelo en ese lugar sagrado. Es el padre Núñez, me dijo Mónica, viene a sepultar a nuestra monja, a nuestra madre, a nuestra poeta, a Juana Inés.

—¡Cállate! ¡Tonta! ¡Tú estás para obedecer! ¡No quiero escuchar ni una palabra! ¡Y no llores!

Son tantas las amigas que conocí entre los estantes de la biblioteca que no podría terminar de contar las aventuras que me compartieron.





Un día me senté en una de las mesas de consulta a revisar unos tomos de devolución. Una mujer que era asidua a la biblioteca se sentó frente a mí. Llevaba un libro que no reconocí: *Rumoroso Delta*.

—¿Lo conoces? Preguntó.

Le respondí con un movimiento de cabeza. No.

—Yo lo escribí.

Seguro vio la expresión de sorpresa en mi cara porque de inmediato dijo.

—¿No me crees?

Y comenzó:

Toda contigo

sola, en la cama

me balanceo

al recordarte

ven

te espero

arde mi cuerpo

con solo mencionar tu nombre

lluéveme

árida

estoy.

Leyó otros poemas de ese libro con pasta negra y letras blancas, y su voz cantó en mis oídos y me trasladó a lugares llenos de brisa, arena, piel y sol.

Me contó que además de escribir, bailaba. Y sin más, me invitó a una secta que apenas inauguraba y donde pretendía cultivar la palabra.





En Mandala he viajado a los lugares más acogedores y extraños que me pude imaginar: un mundo futuro dividido entre los humanos superiores que cumplen con un currículo estricto y condiciones de salud impecables, y los que se quedan del otro lado del océano en la constante lucha por la sobrevivencia, -texto que nos sorprendió debido al desborde de imaginación y que algunas pensamos podría formar parte de un capítulo de Black Mirror o algunas de esas series de temas distópicos que nos atrapan-; viajes a la tierra de las abuelas de mis amigas, mujeronas de piel gruesa y arrugada cuya sabiduría duerme entre sus manos; o la abuela, quien de joven se casó a escondidas y con la Marcha de Zacatecas como himno de boda; y hasta un viaje accidentado a la cima del volcán Popocatepetl.

La hermana de la escritora bailarina es cantante. Ella nos invitó a un concierto de verano que en realidad se trató de un paseo por las cuatro estaciones. Fue de lo más vibrante cuando al final de la pieza el director dijo L'autunno (otoño), Allegro, por favor y los músicos respondieron al unísono al hombre que movía los brazos en el aire.

En Mandala tuve que reunir valor para leer mis escritos en voz alta. Al principio me rehusé. Pasé tanto tiempo en silencio que solo enviaba mis textos a la nube dónde todas leemos y comentamos los escritos de las otras. Pero cuando las escuchaba leer sus historias, me daba cuenta de que la intencionalidad de su voz hacía crecer sus textos, los dotaban de mayor significado e incluso llegaban a provocarme emociones desbordantes, risas y llantos. La catarsis que provoca el arte y que tanto mencionan los eruditos.

Una de las aventuras más recientes estuvo a cargo de la escritora bailarina. Se trató de la rebelión de los lápices que, decididos a no escribir más cursilerías, organizaron estrategias de combate, en contra de una escritora instalada en actitud de mártir del amor y vocera de los corazones incomprensidos. El texto nos provocó tal emoción, que la hermana cantante, en un arrebató de millenial desincronizada, sugirió que la escritora bailarina vendiera su texto a Pixair para que lo hicieran película.





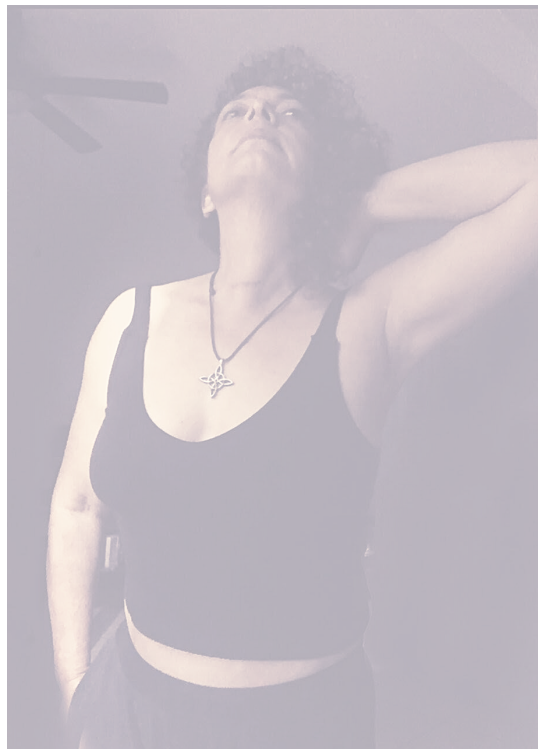
Pensándolo bien no es mala idea. No dudo que muy pronto las historias que escriben mis amigas de Mandala estarán disponibles en los estantes de las bibliotecas y organizarán grandes expediciones para otras mujeres que, como yo, encuentren en la literatura una forma de expresarse y con ello logren tomar su lugar en el mundo.

¿Y quién sabe? Algunas de esas historias podrían ser llevadas a la pantalla o a los escenarios. La verdad es que son mujeres talentosas y comprometidas con su pluma.





María Guadalupe García Sandoval



Escribo porque temo que mañana a estas manos los dedos se le vuelvan de estatua. Porque a este pelo tan seco le resulta un tanto afligente los aullidos de náufrafa que se me guardan en la cabeza, causal de mucha calentura.

Escribo porque me gusta creer que al llegar a la otra orilla de lo escrito, habrá desaparecido esta falta de identidad. Cuando escribo quiero darle ese otro sonido a mi boca tartamuda. Cuando escribo quiero hacerle la guerra este miedo de describir lo que veo y siento.

Yo, MA. GUADALUPE, soy escritora.





Aquello de pueblo chico

Era una fría tarde en mi tierra materna, yo estaba ahí pasando unas semanas de vacaciones a finales de otoño. Mi tía Lola hermana de mi padre y yo tomábamos el café de las cinco de la tarde. Cuando mi madre me dijo que fuera a la casa de su amiga Doña Zenaida por unas hierbas

-Pa quitarle lo empachado a tu padre.

La tía Lola se ofreció a acompañarme al barrio de la amiga de mi madre, hacía décadas que yo no andaba por esos rincones del pueblo. La compañía de mi tía siempre es una delicia, a pesar de lo difícil que ha sido su vida, ella es una mar de felicidad, su alopecia deja ver una pequeña cabecita que hace juego con sus achicados ojos, su afilada nariz y delgados labios. En el pueblo la gente vieja no aprendió a tocar las puertas, Mi tía empuja un desgastado portón, a gritos anuncia nuestra presencia y sin esperar a ser invitadas a pasar, ella ya va allá preguntando dónde se encuentra la dueña de la casa. Yo aceleré el paso para darle alcance. Una mujer entrada en años saluda apenas levantando la cabeza, la encontramos culimpinada atendiendo su jardín.

-Zenaida buenas tardis, vinimos a que nos regalis tantito istafiatí afigurati que José anda con empacho, pero pues ya ves como es pa'eso de la traguitinga.

-Pásensen Lolita, ¿Y esta muchacha de quién es?

— Es la hija de José y Angelita, la mayor, es la que prifirió irsi del pueblo a estudiar, pa no ensiñarsi a echar tortillas.

En mi región, es necesidad de la gente dejar claro quién eres, dando por santo y seña lo peor que te sepan o que tengas, como Sergio el cojo; aunque la otra persona ya lo sabe porque es parte de la comunidad. Pero habrá que resaltar el “cojo”.

-Eres igualita a tu madre, pero más bonita con los ojos de tu padre.





Yo por respuesta solo sonreí y Doña Zenaida regresó a su labor sin desatender a la visita.

-Qué bueno que vinitis Lolita, mira aquí ando salvando estas magaritas que se me andan queriendo secar, estaban tan bonitas con hartas flores, no como las de Doña Consuelo, la mujer de Brígido el arriero, que apenas si le florea una que otra, todas sus margaritas tan raquílicas como el hijo de José “la Bachí” que de tan trasijadito le dan váguidos al pobrecito, nomás de atravesar la calle de su casa a la de sus abuelos. Tan viejos que están ya y aun así a Don Madaleno por nada se le baja lo rabu verdi. Ahí supí que anda enamoriscando a la Lupe, no a Lupe la pecosa, esa pobrecilla ya se quedó a vestir santos; sinu a Lupe la viuda. La pecosa tieni lo que se buscó ¿Te acuerdas como despreciaba a los de a pie, esperando al diacaballo? Y ora ahí anda como el ánima sola. Igualito que Che, pero esi por loquito el pobre, aunque le ha hecho la lucha con varias; ya ves que loco loco, pero bien que le trovaba a Licha la mística y luego también correteó a Tita la aleluya. Acuérdati que hasta a Tita la de los Panduro, pos ¿Dónde pues iba a creer Ché que se la darían? aunque también está idita, pero esa sí que es de cuna fina. No como La Verónica la de los Gómez, tan créida nomás porque se casó con el doptor. Qué pronto se le olvidó que dormía en petati, hasta que su hermano Gonzalo se jue pa’l norte y les mandó pa camas, por él tuvieron estufa y esa antenota que por poco y les tira el viejo techo. Y ya ves que dicen que el Zalo les salió marica y que por eso se jue, porque su pá y sus hermanos lo andaban mediomatando cuando lo vieron pintarrajiándose la cara. Ya en el templo todas las de La Hora Santa víamos rarito al muchacho, siempri muy limpiecito con los pantalonis apretados y eso de tener el templo siempri tan bonito, pos son cosas de mujeres, el hombre es guandajas de nacimiento. Yo pienso que el padre Crispín también se enteró y por eso lo corrió, aunque estábamos mejor con el mariolito que con el Cacho, bien ladrón que nos resultó. Ahí andaba su má defendiéndulo, diciendo que no sabía por qué se perdían las limosnas, que en su casa a sus hijos no le faltaba nada. Y pos si no les faltaba nada, entoncis ¿por qué su hija la Paty andaba limpiando casas ajenas? pregúntome yo.





Aquí vino un día la muchacha a decirmi si quería que me ayudara, y pos yo con estos dos cabrones que tengo, no me iba a echar ese paquete; pa' que luego me saliera con su domingo sieti. ¡Ay! comadre ya ves cómo es la juventú y pos yo le diji que no. Y bien sabe Dios cuanto quihacer tengo, pero prefiero acabarme el lomo que meterme en un problema con esa familia. Ya ves que dicin que la madre le hace a la brujería, hasta dicin que así se amarró al zongo de su marido y le consiguió pareja a su amiga la tostadera y pos sí lo creo pa' que la muy güila se haya casado. Eso solo es cosa del diablo y a saber si la muchacha ya anda también en esas mañas y de puro coraje porque no le quisi dar trabajo maldijo a mis plantas y pos le tocó a mis margaritas. Ve allá Lolita y córtate tu istafiati a ver si no se está secando también. ¡Ay! no comadre, si pa penas no alcanza una.

La tía Lola se alejó por una veredita yendo a donde la mujer le había señalado estaban las plantas medicinales, pronto volvió con un gran manojo de distintas especies, doña Zenaida se tomó ese tiempo para revisarme de arriba-abajo con la mirada y hacer pequeños sonidos que apenas llegaban a un jum jum mientras fruncía la frente en señal de desaprobación.

-Tu istafiati está bien. Tú no piensis en esas cosas pa que no te lleguen. Ahí te dejamos pa que termines pronto, que ya nos está cayendo la noche y este frío arrecia.

-Andeles Lolita vayan con Dios y salúdenme mucho a Angelita, dile que a ver cuándo se digna a visitar a su pobre amiga. Desde que dejó de ir a la Hora Santa pos ya no se le mira. Y ojala le sirva el remedio a tu hermano, pa que siga en las tertulias. Seguido lo miro allá en la plaza tome y tome, invitándoles bebidas a las muchachas; pobrecita de Angelita cómo ha de sufrir con ese mil amores. Pero en fin Lolita, a esta vida vinimos a sufrir y ni pa dónde te hagas.

Si bien a mí no me platicaba la vida y obra del pueblo porque siempre se dirigió a la tía Lola, pues por estar ahí yo me la tuve que gozar y ¿Cómo no llevar su maravillosa memoria a las letras? Y aunque la plática fue entre ellas, no desaproveché oportunidad de darme mi cepillada antes de partir. ¿Si no lo hubiera hecho, ¿qué iba a platicar con los suyos a la hora de la cena?





-Oye tú muchacha ¿y siempre sí te casates pues? ¡Cómo hiciste sufrir a tu pobre madre! Ella lloraba mucho con nosotras por todo lo que le hacías, y nosotras le decíamos: Pos sí pues Angelita, siempre nos tocan hijos buenos y malos, y lo bueno que también tienes a tu hija Rosita, ella sí que te salió bien buena.

Entendí quién era la mala. Mi tía me miraba con el morbo en la mueca de sus labios atenta a mi respuesta.

-Sí Doña Zenaida, me casé y fue aquí en el pueblo, ¿Cómo es que no se acuerda? Mi mamá me acompañó a Zamora para comprar el vestido, cuando volvimos al pueblo la pobrecilla de mi madre llegó con dolor de cabeza y fiebre, sería porque como aún no se me notaba para nada los cuatro meses de embarazo, pues me traje el más blanco que encontré.

Ahí la tía Lola intervino.

-Es que dicen que de pena también da calentura y pos no era para menos, era mucha la pena de Angelita, porque ella nunca les dio ese ejemplo. Ya ves tú, la hermana de esta y todas sus primas se casaron bien, las únicas que deshonraron a la familia fueron esta y su prima Rosario, pero Chayito porque se jue con el novio, porque ella sí iba virgen. Aunque pal caso nos hicieron pasar la misma pena.

Zenaida frunció el ceño y mirándome a la altura del vientre dijo

-¿Y cómo no le iba a dar calentura a la pobre mujer? De purita vergüenza y de pensar que se iba ir al infierno por culpa de esta. Así nos pagan los hijos Lolita, así. Pero un día ellos también lo pagan con los propios, así le va a pasar a esta muchacha y tan bonita que está. Pero ya no las entretengo, vayan con Dios y cuídense de los mariguanos, que ya han de andar viendo que maldad hacen.

Las tres caminamos a la salida de la casona. Nosotras dos ya sobre la banqueta escuchamos a la dueña decir con verdadero asombro: ¿Cuatro meses? Mientras cerraba el envejecido portón.





Nosotras nos volteamos a ver y nos echamos a reír, mi tía me tomó del brazo, y bajando la voz como para que nadie más escuchara, sobre aquella calle más que vacía dijo:

-Y así es toda su familia, te dan santo y seña de todo el pueblo y ni tú ni yo nos les escapamos. Luego te cuento lo que la Zenaida anduvo diciendo de ti, cuando te juistes del pueblo.

Secretos que hago públicos,
causa de esta pandemia.





Cual criatura cumpliendo cadena

Cristiana con corazón colibrí
cuando cosas casi ciega
corsés con crisolas, canutillos, coralinas.
Cuando cubres con cristales color cielo
caudalosas colas,
cuántas católicas corren candorosas contigo.

Cristiana conjeturada catecúmena,
criolla curandera
cuidas con cenizas, cogollos, candelas
cuanta carne callejera.
Confortas conciencias, corazones cárdenos,
cual clementina: calma, concienzuda, caritativa.

Cristiana
contéplote como columna creciente,
como Cábala consejera: Clara, cruda, cruel.
Concurrida capilla, código cantacruz.
Contigo columbran cambios, congoja, coraje,
castigo, cual cabalístico conjuro.
Cristiana, cristaliza caligrafía,
casi como castigo constituyeron:
criatura ceremoniosa, código cósmico.
Cristiana.





Guadalupe

Que este nombre significa
Río escondido
de alma vieja y voz de caracola.
Valle de lobos
donde se rompen las maldiciones.
Río de jaurías.
Que por la sangre que me fue prestada en el nombre
Guadalupe
me llaman
bruja aplasta serpientes.

Heredar nombres es jugar a cara o cruz
si no se sabe lo que en ellos se codificó
en el momento de su creación.
La dicha de quien descubre
la magia que se esconde en cada una de sus letras
es la de hermanarnos con nuestro nombre.
Yo me reconozco
Guadalupe bruja aplasta serpientes.
Por la vida que conjura omnipotencia en su caldero
me reconozco carne de su carne.
y
que soy una generación más
del fuego y la tempestad de sus letras

Qué difícil es llevar el nombre de alguien más
sin usurpar el sitio de honor.
Yo bruja
sí
pero que no aplasta ni una mariposa,
ni desventra ave alguna.





Lo esencial es invisible a los ojos

Hay poemas que requieren de un testigo.
Me consta que aquello era una nube cargada de pájaros.
Hay cartas que nos exoneran:

A tantos de tantos

Querido cuello.

Acá todo está bien,
aunque esta garganta rompa en llanto.

A
veces
hay
días
tan
largos
como
un
año.

Las promesas como favores imposibles
mueren cuando se les solicita por escrito.
Yo solo quería tener un cuello de cisne,
si acaso algo más, una pizca de cicuta en mi humor.
Yo solo quería sulfurar a los analistas, ofender a los instruidos.

Pero el día trae su orden:
Penas que me acalambran los brazos,
voces que le cambian el color a este cuerpo.
y muchos pases,
suficientes para transitar por esos otros campos de concentración
donde te desnudan y asfixian





y amenazan con extrañas máquinas,
que por ratos devoran tu cuerpo, dejándolo frío y desnudo.
Pases de promoción a una orgía
donde te contarán los latidos, aplastarán tu pecho
y afiladas agujas beberán tu sangre.
Pasajes para el excéntrico infierno de hospitales
repletos de hormigas con memoria de cirujanos.

A veces, el cruel pasado nos pone a prueba
abriendo juicio cuerpo contra alma,
y el poder radica en el poema que canta:
Que tan necesario es que
uno de los dos tenga que morir.
Y yo recuerdo obscuridades más terribles
y su precio no me arrancó el sueño.

Cuando se amotinan diagnósticos y presagios,
no hay más que un enredo de pasillos
con sus pálidos techos repletos de evasivas miradas.
Al fondo, una habitación con paredes color avena
que exige al sentenciado entrar desnudo
de cuerpo y sentimientos.

Ahí, cuando me abran la piel,
romperán el orden del pueblo que en mí habita:
Esos bichos, tumores, esos cánceres;
unos tartamudos, otros confundidos, todos adormilados,
andarán así, lo sé,
enloquecidos y asustados según su nombre y forma.
Más yo digo que
una radiografía solo mata a los que nacen una sola vez.





Tirzah

El sexo es pecado.
No solo de hecho, también de pensamiento y palabra,
Faltas a la decencia, si acaricias
lo que tienes entre las piernas.
No te bañes desnuda, déjate el fondo
que Dios todo lo ve y reconoce tus intenciones.

¿Dónde he de ocultarme para que no me vea
ni escuche mis satisfacciones carnales?
No existe camisón tan largo
para mis escandalosas sensaciones,
ni miedo que congele las apetencias.

Yo finjo llevar un pecho virgen,
el mismo que en algunas tardes
una boca gruesa devora, lame, muerde
y bebe a largos tragos.

Cuando el Dios de mi madre baje de su balcón
y pronuncie mi nombre.
No hay duda que iré pálida de miedo
indefensa, sin voces a mi favor.

Y es que yo nací sin experiencia.
Nací flaca, vacía, sin dientes ni miedo,
con mucho pelo con mucha hambre,
de cara buena con enormes ojos.





Luego aprendí a caminar,
me crecieron las trenzas, me crecieron los pechos,
llegaron los sangrados.
La boca repleta de dientes
y un enjambre de ennegrecidas hebras cambujas
adornaron mi pubis.
A las uñas les aparecieron los filos,
a la lengua las perversiones.

Mi madre me enseñó a bordar y a confesar sus pecados,
la abuela me inició en el canto a la luna llena
con el pelo destrenzado y desnudas
de la cintura para arriba,
los hombres me mostraron el dulce río que de mí fluía.

Fui buena estudiante en el instituto
he insurrecta discípula en la escuela de la vida,
porque uno y otra no eran la misma cosa.
Mi boca coreaba las tablas de multiplicar
como refrendaba los besos con aquel chico
de carnosos labios,
vigorosas manos y afilado falo.
Descubrí de mi cuerpo sus erecciones y profundidades,
imaginaba que mi vulva era un volcán
expulsando su ardiente lava
cediéndosela a la afanosa boca.

Y aprendí a ocultar detrás de la mirada
los goces clandestinos,
a ocultar entre las trenzas aquella hora pautada.





Limpiando feliz la cocina y salir de puntillas
al encuentro del que con desesperación
me deshojaba las ropas
embriagado por la mar entre mis piernas;
bendiciendo mis nalgas mientras las unge
con saliva para llegar a mi luna oscura.
Yo alabo la maraña de mi pelo
cuando aquellas manos hacen de él sus riendas
para colmar mi sexo con las mieles de su falo.

Cuando el Dios de mi madre me llame a cuentas,
no sé si me faltará el valor para contestar.
Tal vez solo me justifique diciéndole
que amé cada elemento de mi ser
con las consecuencias de su santidad y maldad,
que amé la ventura de ser quien yo soy Tirzah...naturaleza y sueño.





Justine Hernández



**Cuando escribo quiero contar mi historia y la de otras.
Cuando alguien lea lo que escribo, quiero que descubra algo
diferente, que se conmueva, que se sienta reflejado.
Yo, JUSTINE, soy escritora.**





Enhorabuena

Ester Echeverría espera este encuentro excitada, ensaya en el espejo edénicas esculturas. Emana energía exhibiéndose: erotizada, enigmática, exuberante. Experimenta emociones encontradas; evita engancharse en explicaciones; elige egoístamente. Enfocada en ella, emprende escandalosa encomienda. Empoderada exploradora, embiste el epicentro, equilibra el esfuerzo, estimula, esculca, exhala estremecida, estalla. Ególatra espasmo es evidencia, efluvios esparcidos. Entiende entonces: es entera.





Evidencia

Cada mañana frente al espejo
durante cuarenta años he iniciado la faena
como soldado enviado a una guerra que no es la suya
cepillo, peine, ligas, lociones y ungüentos como herramientas
dispuestos todos a domar la cabellera,
 que es negra,
 que es crespa
 que es irreverente
en contraste con la imagen de las mujeres buenas
que tienen rizos suaves y dorados
o lacias melenas color chocolate, derramándose en sus hombros.

Pecadora merecedora de tener estos pelos en la cabeza,
 y en las axilas
 y en los brazos
 y entre las piernas
cabellos gruesos y negros como los de mi madre,
como los de mi abuela
morenas recias que los ataban en trenzas apretadas
con listones de colores
cabellos olorosos a romero y jazmín, cortados en luna llena
escondidos bajo el rebozo si entraban a la iglesia.

Y cansada de la evidencia
en la alcantarilla de la regadera
en la almohada
en el cepillo, concluyo:
las mujeres de mi linaje
somos brujas, lo sé.





Génesis

Amada desde la espera
y sin embargo, no recompensada con el nombre materno
soy el eslabón que rompe la cadena
primogénita que inicia el nuevo ciclo.

Hija de dos que son distintos,
que se resisten a la forma de ser común,
a quedarse quietos, a seguir las reglas
fugitivos que en mi nombre esconden

repetitivos sueños lúcidos

miedos grabados por generaciones en los dedos

egregias expectativas, incontables posibilidades.

Marcada con el sino de la justicia,
lo neutro viene con el nombre
imprecisa, indefinida, sin referencia alguna
soy una isla flotante
errante y ermitaña imposibilitada de quedarse.

Yo, con siete letras y sobrenombre de estrella
doy pasos en solitario, no se hacerlo de otra forma
y quiero ser cardumen, parvada, tribu
pero soy una migrante obligada, arrancada del mar.





Reflexión

Me pregunto quién es la del espejo
cabellos largos, ojos grandes, piel morena
eso es solo una fractura de ondas luminosas
una superficie impactada
que regresa la versión visible
de mi existencia.

Yo soy *otra cosa*, otras cosas
la mano escribiendo
una célula dividiéndose
la necesidad de enamorarme
el miedo a la oscuridad
una carta sin destinatario
la cicatriz en el vientre.

En el espejo, separada de mi cuerpo
me reduzco a una advertencia
a un aviso óptico resumido
que por un instante
da fe y es testigo
de que soy.





Solsticio

Es mi lejanía la guarida
construida no para esconderse
sino para encontrarse
para ser descubierta como otra nueva, distinta.

Alejada del bullicio
en soledad respiro

Soy, la que no tiene ganas de volver
al viento helado, a las emociones contraídas

Soy, la que no puedo reconocer
en esos diarios íntimos,
en esas fotos amarillas,
en esa, *la mujer de antes*.

Hoy, centrada en mí,
frente al espejo, me descubro renovada
transito el cambio sutil y constante
con la convicción de *saberme mía*.





Angélica Infante



Escribo porque me encanta imaginar otros escenarios, otras posibilidades. Vivir otras vidas a través de personajes, de sus historias, buscar otras emociones.

Busco aprender de mí misma y de las demás.

Crece en habilidad y como persona.

Quiero enfrentar miedos y saber que lo que escribo es auténtico, genuino. Que cuando alguien me lea, pueda sumergirse en el contenido y ver una parte de mí

Yo, ANGÉLICA, soy escritora.





Melek

Lo terreno desconoces
lugares altos te envían,
empacas tus alas
guardas la aureola
del tercer cielo emprendes vuelo

Tus ojos,
espejos de la bóveda cerúlea
fulgor divino emanan

Diminutos, descalzos tus pies aterrizan
aprenden a danzar en tierra nueva
te despojas de diáfanos vestidos
(te disfrazas de mortal)

Canoro mensaje sobrehumano
de lenguas misteriosas
derrama tu boca,
duerme al inquieto infante
calma a la atormentada bestia

Das muerte a oscuridades frías, profundas
la espada de la Verdad desenvainas
hieres la Mentira
condenas la injusticia

Giras
fluyes
(vibras)
das saltos de guerra





Rozas al viento
lo besas con tus palmas
lo impregnas con tu aroma
exquisita esencia a revolución

Ecos de triunfo
resuenan en lo alto de la montaña
descienden hasta los valles,
tu mano fuerte abandona el acero
tus rodillas el suelo áspero encuentran

Suspiras,
agotada.

Cesas.

Inclinas tu oído a la voz que proclama:
Melek, no abandones tu vuelo ni tus alas,
que cortarlas no puedan los mortales
con sus vanos pensamientos
vacíos de gloria.
Tus manos no temas ensuciar,
Respira.
Da fin al desaliento,
suelta tus cabellos y danza.





Microcuentos

Pulpo Picasso

Aníbal se graduó con los máximos honores del doctorado en Filosofía y Letras. Sin embargo, poseía una gran habilidad con los números y un amor especial por la pintura, heredados por su madre.

Fue un destacado profesor, donde se le adjudicó el sobrenombre de “El Pulpo”, debido a su gran habilidad y virtuosismo en múltiples disciplinas. Esto le trajo a la vez, una desafortunada desestabilidad mental y problemas para socializar. Le era difícil entablar conversaciones, desde las más simples hasta las más complicadas, por lo que prefería conversar consigo mismo y sus pinturas, las cuales firmaba como “P.P.”

Una mañana, empacó sus cosas, y por voluntad propia se dirigió a uno de esos centros para personas inteligentes, como él les llamaba. Creía que debía ser muy interesante vivir con “gente normal” o por lo menos más normal de las que conocía.

- Buenas tardes, he venido a inscribirme al programa residencial - dijo a la mujer de la entrada.

- ¿Ha venido usted solo? - preguntó la mujer desconcertada - ¿Usted quiere estar aquí? - preguntó una vez más incrédula.

- Así es. Si fuera tan amable de indicarme cuál será mi habitación. Mi nombre es Pulpo Picasso – dijo con serena sonrisa estrechando la mano de la mujer.





Huida doble

Desde que eran unos niños, sus padres arreglaron su unión. Se hicieron tan buenos amigos, que tenían su propio acuerdo. El día que se celebraba el matrimonio, sus familias, el sacerdote y los invitados, quedaron decepcionados esperando en la iglesia.

Por qué no hay caballos voladores

Se dirigían en pares al gran bote los animales que habían recibido el aviso. El león revisaba la lista a medida que iban entrando. Faltando unos minutos para partir, se dio cuenta que no llegaba el par de caballos voladores.

Desesperado, comenzó a preguntar si alguien sabía algo.

- Lo siento – dijo la paloma mensajera – tengo aquí en el reporte que cuando fueron a entregarles el comunicado a su casa, encontraron un letrero en la puerta que

decía: “Este hogar es politeísta. Favor de abstenerse en promover cualquier sistema que involucre solo a una deidad”.

El heredero bastardo

Claudio sintió que se le rompía el alma en diminutas piezas. Prefería que el cielo le regresara a su padre a cambio de las posesiones que se agregaban a su gran fortuna.

De pronto todas las miradas desconcertadas cayeron sobre él, cuando el notario reveló la verdadera identidad de Claudio, que, para su propio asombro, era ajena a la sangre y apellido familiar.

Josefina, la vieja criada de confianza, se aproximó a él y le dijo:

- He estado esperando esto por cuarenta y dos años, hijo mío - abrazándolo con todas sus fuerzas.

Todo mientras se leía la última voluntad de Don Antonio.





Replantación

Recojo piedras
por caminos áridos
revivo mi húmeda niñez

Llanto
que atrae los brazos
brazos consoladores
que me arraigan

Infame tú,
tiempo
sustraes mis raíces
me llevas
por verdes laberintos
sin guiarme a mi fortuna

Hojas
purifíquenme
Tallos
sosténganme

Noches estrelladas
mis ojos persiguen
crear
de mi vida el paisaje
labrar mi huerto
pisar firmes cimientos

Plantarme
Replantarme.





Fernanda Meraz



**Escribo porque al hacerlo me descubro y me sorprendo.
Cuando escribo quiero dar voz a mi visión del mundo y de la vida.
Cuando alguien lea lo que escribo, quiero que encuentre algo en mi
visión, para coincidir o disentir, como sea,
pero que mueva algo en su interior.
Yo, FERNANDA, soy escritora.**





Chungos chanchullos

*No es ficción, en México nos asesinan a diez mujeres cada día
y el Estado no mira, no oye, negligente.*

Chaquetero chamuco charolea chulos chocantes, chapuceros,
chalados.

Chabolas, chamizos chillan.

Chirrian chicas chamuscadas.

Changos chalanés chutan chochos, chavales chafan chichis.

Chubascos chocolate.

Chacalera cháchara chantajea chanchos, chapurrea chivos chambones,
chancea chaqués, chorea chupatintas charlatanes.

¡Chueco chiquero!

Chismosos chivatos chemos.

Chuletas chiflados chorrean chulería, chasquean chusmas, chiflan
chirimías.

Chispeantes, chapotean churretes.





Desprendimientos

La ausencia acecha momentos desprevenidos para atravesarnos polimorfa. La primera vez que la sentí tenía dos años. Sin previo aviso, mi madre desapareció y del lazo que nos unía quedó una hebra tenaz que amenazaba con claudicar. Nadie me advirtió nada. Dos días después de haberse ido, mi abuela me llevó a verla. Mi madre estaba en una habitación con mucha luz, una luz blanca que me extraviaba.

Llamaron mi atención las lámparas empotradas en el techo de aquella habitación. La pantalla que escondía los focos lucía amarillenta y moteada por las huellas de insectos calcinados. Mi madre, reclinada en la cama, sonreía ofreciendo un abrazo conciliador. Yo lo ignoré. Se veía bonita, tenía las mejillas sonrosadas y el cabello negro que usaba a la altura del cuello, peinado con las puntas hacia afuera. A un costado de la cama, un sillón de vinilo gris repelía a los visitantes y por el ventanal que se extendía hasta el techo, abofeteaba un cielo tan duro y gris como el cemento. Había nacido mi hermano Raúl.

La segunda vez, la ausencia se me inscrustró como un desamparo que creí definitivo. Ignoraba que aquello que sentimos irrepetible, permanece latente, incubándose en las entrañas de nuestra vida. De repente, mis hermanos y yo recibimos desconcertados palmadas llorosas y miradas lastimeras de la familia de mi padre. Nadie nos dijo nada. Tras varios días de escuchar murmullos incomprensibles nos repartieron en distintas casas. No tuve tiempo de despedirme de mi vivaz hermana Teresita, la más pequeña.

Al anochecer, llegué a casa de mi madrina Rosario y su esposo, en Teziutlán, la sierra de Puebla. Allí vivía también mi tía Socorro, hermana mayor de mi madrina, a quien le decíamos Soco. Me encontré, fragmentada y medrosa, en un caserón que me oprimía con su silencio y vacío. Yo tenía nueve años. No vislumbré entonces que ese mundo escondía algunas veredas luminosas.





A mi madrina le gustaba pintar y tocar el piano. Pasaba el día en lo suyo y a mí me hacía salir a jugar y tomar el sol porque decía que me veía muy pálida. Yo corría con los gansos, que me perseguían batiendo sus enormes alas como si quisieran abrazarme. Era lo más parecido a las corretizas en el patio con mis hermanos.

Fue tía Soco quien me dijo que mi mamá había muerto. Me reprendía por estar en el huerto o el corral, en vez de comportarme de manera comedida en casa ajena. Me enseñó a asar y desvenar chiles. A mí me escocía una quemazón tan profunda como cuando me asaltaba con sus reprimendas.

Poco después llegó a vivir con nosotros mi tía Silvio, hija de tía Soco, aunque yo crecí pensando que eran hermanas. En la familia decían que Silvio era una vergüenza, no supe para quién. Fue la risa lo que me acercó a aquella mujer de nombre peculiar y abrazo fácil, a quien los viejos de esa casa mantenían alejada de la misa dominical y las tertulias semanales de mi madrina. Acallaban su risa franca y le obsequiaban faldas y sandalias que reemplazaran su indumentaria tosca. Era una mujer corpulenta, que a mis ojos poseía la majestuosidad y nobleza de un caballo. Usaba anchos pantalones color caqui, huipiles holgados con animalitos muy pequeños en el bordado y unas maltrechas botas de minero. Enroscaba su largo cabello trenzado con cintas relucientes para formar un turbante multicolor. Vente, Pachita, me decía tía Silvio, adyúdame a escribir esta canción, que no me sale la letra como a ti.

A tía Silvio le gustaba que nos escapáramos al pinar a recoger bellotas para los puercos. El dulce susurro de su voz grave me despertaba cuando el día apenas abría el ojo. Ella tenía preparado el itacate para el almuerzo, así que solo nos entreteníamos en tomar un café con pan dulce, lo justo para aguantar el recorrido. Salíamos de casa sigilosas, veladas por la niebla del amanecer, para alcanzar veloces los linderos del pueblo, deslizándonos sobre las cobijas de lama de las lajas porque, allá, la humedad duerme en las banquetas y se levanta hasta que sale el sol.





Escalábamos el cerro a trompicones, sosteniéndonos de unos pinos tan juntos entre sí, que los furtivos haces del sol hacían cantar las hojas a crujidos y transmutaban las diminutas partículas de polvo en reverberación de diamantina. El murmullo del bosque, cómplice de tía Silvio, era mi abrigo aquellas mañanas que aliviaban la ausencia de mi madre y mis hermanos.

Al regreso tomábamos callejuelas apartadas para no toparnos con gente que nos hostigaba. Frente al mercado o la plaza, donde se juntaba la gente, no faltaba quien le diera a mi tía un empujón y susurrara: retorcida, bastarda, pecadora. Ella me apretaba la mano para pegarme a su cuerpo y seguir nuestro camino apresurado entre risas que a mí me parecían furiosas. Años después comprendí que yo no era la causa del acoso. Tampoco la codicia por nuestras jorobas tuberosas de bellotas.

Nuestra última escapada al pinar fue el día que los tres hijos del sastre y sus amigos nos sorprendieron en una callejuela atrás del rastro para acorralarnos con los mismos insultos de otras veces pero ahora estruendosos, reventados. Como relámpagos percibí el rostro apretado de mi tía, un jalón en mi cuerpo que aterrizó en sus brazos, una palpitación desbocada. Ella empujó a dos escuálidos que cerraban el cerco y salimos huyendo. El pavor de mi tía me invadió. Los gritos injuriosos mudaron en metralla de piedras. El cobijo de mi tía se apretó y no pude ver más, lágrimas y sofoco me derrotaron. Ella no se libró de una descalabrada que tía Soco le curó de mala gana. Juntas aguantamos los vituperios de la tía Soco sin soltar palabra ni llanto. Esa noche, tía Silvio me abrazó musitando hasta que me dormí.

A través de mi ventana, al día siguiente, vi que la espesa neblina del alba engullía a tía Silvio. Pasados los días, en casa se dijo que subió al cerro y se perdió. Solo el pinar y yo lloramos por Silvio. La ausencia se instaló en mí mansa, benigna y, con el tiempo, pude reconocer su rostro esperanzado.





Cuando años después terminé la escuela, partí en un autobús a la Ciudad de México en busca de mis hermanos. Al llegar a mi destino conocí a mi padre, un extraño cualquiera y Raúl, era su viva sombra y retrato. Teresita, apocada y desaliñada, se desplazaba involuntaria, la vivacidad subyugada entre escombros. ¡Tantos años transcurridos ajenas! Teresita me tendió aquella vieja hebra tenaz y, de la mano, emprendimos nuestro camino sin retorno. Yo tenía dieciséis años.





Engarce

Rosa, pétalo, caricia
Terciopelo frotado hasta el desgaste
Fragancia en una estela evanescida en el llano paisaje de la urbe
Naturaleza la ciñe a la hermosura, constreñida

Rosa, piedra, yelmo
Voluntariosa, altanera, envanecida
Simiente cáliz prisionero, oscurecido
Afán esteticista niega su inteligencia

Firthunands desparrama justicia, aventura
Ideas revolotean inasibles como sueños
La rosa lo enamora, él palpita, realiza, echa raíces
En cuatro movimientos, armonía de corazón florido

Genealogía fortuita entrelaza roce, audacia, vanidad, armonía
Semilla de osadía y pensamiento
Aguijones que antes ofendían, son hoy insignia de una larvaria casta
valerosa
Insospechada alquimia destila aromas nuevos de ingenio y corazón

Dicotomía engarzada en promesa de amor
Sentido en la belleza, belleza en la razón.





Microcuentos

Porvenir

En la comisaría, la princesa Aurora declaró: sí, me despertó su beso de amor verdadero, pero lo maté por el nauseabundo aliento que me insufló.

Fentanilo

Fue la Maléfica quien le enseñó a pincharse. Ya luego, Aurorita decía que los sueños eran su forma de despertar, y prefirió permanecer en la ensoñación.

Todos mienten

Ella se desplazaba en reversa para salir del apretado lugar que confinaba su automóvil. Volvía el rostro a la derecha, repeliendo las garras filosas de los arbustos despeinados; ora a la izquierda, para evadir los dientes aserrados de la escenografía apilada en el abandono. El viejo administrador del teatro se acercó a amonestarla, ¿Qué no sabes usar los espejos, muchacha? Como respuesta, ella asintió y usó el retrovisor. Sin darse cuenta, aplastó al hombre contra la escenografía y pensó, era inevitable, es sabido que los espejos siempre mienten.





Un gran salto para la humanidad

Llegó el gran día. Maicol y sus compañeros se enfundaron los incómodos trajes y escafandras que impedían el ingreso de la mínima partícula presente en la atmósfera. Descendieron la escalinata y avanzaron lentos, pesados. Los esperaba un recorrido de quinientos metros hasta el objetivo indicado. Él se preparó incontables veces pero nunca imaginó la dificultad que experimentaba ahora en cada movimiento. La limitada entrada de aire convertía sus inhalaciones en sollozos. El sudor y la exhalación nublaban su vista.

Los hombres se alinearon siguiendo las instrucciones recibidas y escucharon: bienvenidos señores, descubran su brazo izquierdo, les vamos a aplicar la vacuna.

Moraleja

La discusión sobre la muerte de los adúlteros al final de la novela quedó inconclusa. Cuando Sofía abrió los ojos, las gaviotas revoloteaban chillonas en lo alto del cielo. El sol pegaba de lleno en su rostro. A su lado yacía Alfonso, su editor. Parecía estar viendo lo mismo que ella, el resplandeciente azul sin nubes. Pronunció su nombre, lo miró, y ambos se pusieron de pie. Él estaba muy pálido, una finísima línea roja perfilaba sus dientes, pero parecía entero, sin heridas. Sacó su pañuelo y limpió el rostro a Sofía, tienes sangre en la frente, deja te limpio, le dijo. El convertible había quedado en la barranca, atascado entre unos árboles y una enorme roca. El autobús que los sacó del camino se orilló contra la pared del cerro. Sus ocupantes habían descendido y miraban hacia abajo los vestigios del percance. Comentaban entre ellos que la pareja había muerto prensada dentro del coche. Ninguno notó la presencia de Alfonso y Sofía.





Una mujer singular

Rebasa en una cabeza a mujeres que se consideran altas, de manera que no puedes perderla de vista entre la multitud. Todos la miran, los extraños con forzado disimulo, sin poder liberarse de los zarcillos de su encantamiento. Su imagen se queda tatuada en las neuronas, moviendo los engranes de tu imaginación.

Su osadía desconcierta. Con solidez plácida porta atuendos arlequinados que arrastran al desenfreno de un carnaval. La enorme joyería de aires antiguos, que descansa pesada en sus lóbulos y en su escote, parece un desafío a romper las cadenas de una fiera coquetería.

La dulzura de su gesto conmueve. Los ojos pardos, enmarcados por pestañas sutiles y rizadas, traslucen una melancolía por ocultos anhelos que exigen ser desenterrados. Sus labios voluptuosos parecen palpar buscando el beso justo para su curvatura. Es como si proclamaran, ¡inténtalo!

Pronto te darás cuenta que a ella le gusta atrapar miradas, busca las pupilas más desfachatadas, que recorran con ansia curiosa las líneas de su silueta. Se contonea divertida ante el manoseo ocular que se le adhiere sin recato.

Si tienes la audacia de lanzar tus atavismos al vacío, acércate, hallarás la fusión inefable, encontrarás la génesis de tu erotismo. Si te atreves, al estar con ella ni cuenta te darás de que es calva.





Merisa Merino



**Escribo para desahogarme, explorar las otras yo que viven
en mi y porque me gusta crear, imaginar divertirme,
expresarme.
Yo, MERISA, soy escritora**





Aguxilio

Yo te doy la vida y tú me devuelves mierda

De mi surgió la vida e inició la evolución
yo hago crecer tus cosechas y a los verdes pulmones de la Tierra
bosques, tundras, sabanas, selvas y todos sus habitantes necesitan
de mi escancia.

Les doy higiene y frescura, medio de transporte y también para
ejercitarse

Si me pierdes, tu cuerpo enferma,
si no me tomas te secas
y no lo entiendes aún
pasa lo mismo al planeta deshidratándose está

Tú te dices ser pensante
ya estás conquistando el planeta Marte
y me estás buscando allá
sin entender que el gran reto es cuidarme en donde estás.

Deja de desperdiciarme,
de hacer compras compulsivas a quienes me contaminan y saquean
sin piedad

¿Cuándo de mi has de aprender a fluir,
a dar la vida y a transformarte para mejorar?





Mi nahuala

Su presencia de sal está en todos lados:
lágrimas, sudor, mugre, mocos...

Tortillas recién hechas en comal espolvoreadas por brillantes y
salados granos.

Me visita.

Rumiante que mastica sin parar mis insípidos recuerdos.
Se alimenta de mí y exprime los jugos de mis entrañas.
Me quiere completa, me come, me devora,

Suave pellejo y carne mullida goteando sangre tibia, huesos
crujientes.

Se acerca a la hoguera y danza al ritmo de ancestrales percusiones
Mi cuerpo ya no pesa, soy ligera, humo que asciende a las estrellas
estas me cuentan historias de diosas y ancestras

Mi nahuala aúlla,
yo revivo,
ambas danzamos.





Ondina

Marea viva es su cabello

que también sirve de lecho, para reposar sus sueños

cuello largo para mantenerse altiva

hombros fuertes que si quisieran podrían cargar medio mundo,

pero hoy no lo desean

Ventre fértil de amaneceres y ocasos infinitos

caderas anchas y piernas fuertes para nadar

es una con la marea, entre las olas se siente plena

ya no le importa ser vista

está en paz consigo misma,

con sus propio ritmo

y el universo.





Pedalea sin parar

Ella gira como las llantas de la bicicleta que su hijo monta por las tardes.

Su mente es quien no para de pedalear ansiosa y quien determinante la maneja. Pasa por las calles del pensamiento y cruza con cautela las avenidas de la imaginación. Transita todo tipo de caminos, toma impulso y aplica toda su fuerza en las subidas de las historias de suspenso y se desliza desbocada por las escarpadas del erotismo, gira por las amplias curvas color pastel de la ternura y brinca en las calles empedradas de la pasión diversa.

Esa mente decidida y constante la lleva a tomar mil cursos y la impulsa a cumplir en tiempo y forma con todas las tareas como si fueran los entrenamientos de kilómetros a recorrer en la caminadora. En ambos casos la obligación es elegida y así como en los paseos vespertinos mientras avanza y corre tras Jesús, no deja de admirarse con los atardeceres, de disfrutar el paisaje y de asombrarse que lo bien aprendido durará toda la vida.

Mantener el equilibrio en su vida es igual al de la bicicleta, si deja de pedalear, de aprender, de crear, de escribir... de encontrar inspiración en las amigas, de transformarlas en "personajas" e inventarles nuevos capítulos a sus vidas paralelas.

Entonces sería como dejar de disfrutar la fresca brisa mientras corre, mientras el niño (y su mente) pedalean, no sólo es ejercicio ni obligación, es el vital impulso de movimientos cognitivos y del cuerpo.

¡Pedalear sin sentido, no es lo suyo!

Ella tiene sus rutas bien trazadas y sin embargo a veces se deja llevar por algún sinuoso camino para girar la tuerca de sus historias.

"Para andar en bici, tu cerebro tiene que aprender a tambalearse. Así que quita las ruedas de entrenamiento, y cuanto más te tambalees, más rápido aprenderás." es lo que con su ejemplo ella me indica.





Una fotografía y una argolla

Me sorprende que casi un siglo me separe del origen de estos preciados objetos.

El retrato color sepia es de una hermosa joven veinteañera de mirada dulce y serena.

Está vestida de novia, sentada con el rostro hacia el frente, el diseño de su traje, los sutiles tules que la rodean y un tocado ligero de perlas formando hojas alrededor de su frente dan muestra de su buen gusto y que vestía a la moda. Era la época del Charlestón.

En esa mirada joven, recuerdo a la anciana que me tocó conocer, a mi dulce abuelita, quien jugaba conmigo me consentía y me contaba sus pesares. Ahí en su imagen me mira seria -¿Estarías triste Chavela?

No, acuérdate que antes no se usaba sonreír para en las fotografías. Tal vez estaba nerviosa si me sorprendieron antes de la ceremonia, o cansada y con algo de alivio si fue después. Ya ni me acuerdo.

Tenía fuertes convicciones y aquel día de los otros años veinte fue inolvidable por varios motivos. La anécdota principal fue que mi amado novio José y yo decidimos casarnos "por la iglesia" en plena época de persecución religiosa, así es, hubo un tiempo en que los conservadores eran rebeldes.

Chavela fue afortunada para su época, logró estudiar hasta obtener el título de "tenedora de libros" algo así como contabilidad, a José también le gustaban los números, él y su familia eran dueños de la papelería "La carpeta", que más adelante atenderían juntos.





Se conocieron en los portales de Toluca, donde estaba ubicado dicho negocio y tras un lindo noviazgo contrajeron matrimonio, uno que se realizó a escondidas y tropezones en el sótano de una casa, el cura llegó en bicicleta disfrazado de panadero, cargando los aditamentos e investidura religiosa en un cosatal de harina. Al final de la ceremonia, en vez de la marcha nupcial se escuchó la marcha Zacatecas sonando en una vitrola, no se sabe a ciencia cierta si fue por descuido del tío que tenía la encomienda de ponerla, o fue para disimular aquel evento que aún cien años después vale la pena recordar.

A mi abuelo no lo conocí, él murió unos quince años después de haberse casado, víctima alguna de las enfermedades que en ese entonces no se podían curar y ya se han erradicado. Se cuenta que era un hombre bueno y un padre amoroso de los tres hijos que tuvieron, mi madre fue la más pequeña.

Ella y yo, además del mismo nombre de mi abuela, compartimos su fortaleza y tenacidad.

Ambas de mi abuelo heredamos, el amor por las letras y su anillo de boda (primero fue de ella y luego al casarme me lo dió), ese reposa en mi buro junto con mis añoranzas.

Esa argolla tiene un valor muy especial, para mi, porque fue el que mi querida abuela le puso a su amado y representa su legado.





*Gracias Angie, Mónica, Fernanda, Lupita y Merisa
por hacer de este proyecto una realidad.*

*Por acompañarme en la aventura de crear en
conjunto, por compartir conmigo su sabiduría, su
tiempo, su trabajo, su vida.*

*Gracias Mandalas porque con su presencia mi vida es
más bella, más llena, más completa.*

*Somos un círculo
Somos un espiral
SOMOS MANDALA*

Justine Hernández



Esta antología se terminó el 9 de
septiembre de 2021, en la Ciudad
de México.

MANDALA

Taller Literario

Mandala Antología 2021 Poesía Cuento Relato © 2021 by Mónica Cavazos, María Guadalupe
García Sandoval, Justine Hernández, Angélica Infante, Fernanda Meraz, Merisa Merino is
licensed under Attribution 4.0 International. To view a copy of this license, visit
<http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>

